

*Discurso de investidura como Doctor "Honoris Causa" del
Excmo. Sr. D. Roberto Serrano*

28 de noviembre de 2019

Excmo. y Magfco. Sr. Rector de la Universidad Complutense de Madrid, Excma. Sra. Decana de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, colegas académicos y estudiantes, familiares y amigos, Sofía, Lolo y Amy:

Para mí es un gran honor el recibir esta magna distinción de mi *alma mater*, la Universidad Complutense. El unir mi nombre a tan ilustre lista de galardonados con esta distinción es sin duda motivo de inmensa satisfacción, pero también me llena de humildad porque uno nunca está seguro de estar al nivel de tantas impresionantes figuras del mundo científico, académico y cultural. En particular, déjenme recordar a la única otra persona invidente que fue reconocida con este insigne Doctorado, el Maestro Joaquín Rodrigo. También quiero expresar mi profunda gratitud al hecho de que la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales me haya elegido, entre sus muchos miles de graduados, para conmemorar su septuagésimo quinto aniversario. Es una distinción muy especial que agradezco de corazón. También le agradezco a mi gran amigo y admirado profesor de matemáticas Emilio Cerdá sus generosas palabras en la *laudatio*. Y me hace muchísima ilusión que este sea un acto que se celebra en Madrid, mi ciudad, a la que adoro, de la cual salí hace ya más de treinta años, y así tener la suerte de celebrarlo con muchos miembros de mi familia y antiguos amigos; hay muchas personas presentes en esta sala hoy que han significado mucho en mi vida. Así que lo de «Nadie es profeta en su tierra» no va a ser siempre verdad, aunque claro, uno podría decir que, tras pasar más de treinta años fuera, ya no está claro cuál es la tierra de uno. Déjenme hacer un par de clarificaciones sobre esto: una es un comentario y otra es una historia, ambas breves. El comentario viene de un antiguo amigo, aquí presente hoy, quien me dijo que mi acento en español ya no es el de la Prosperidad, sino un acento

neutro. Esto es probablemente cierto. La historia me sucedió hace cuatro o cinco años. No recuerdo a dónde iba, pero cogí un taxi en Madrid, e intentando ser útil al taxista, le dije: «Usted es el jefe y sabrá el mejor camino, pero creo que lo más rápido sería coger el túnel por debajo de Velázquez». El taxista me dijo: «Señor, ese túnel del que me habla lo taparon en el año 2000, más o menos». A lo que conteste: «Bueno, pues entonces no coja usted ese túnel; no nos vamos a pelear por esto».

Reconocimientos de esta importancia son un motivo de gran satisfacción, pero también deberían verse como un recordatorio al galardonado de una nueva responsabilidad. En su discurso de aceptación del Premio Nobel, el gran economista austriaco Friedrich von Hayek expresó que, en su opinión, el Premio Nobel de Economía no debería existir. La principal razón que Hayek esgrimía era que al galardonado con el Nobel de Economía se le eleva a un nivel de influencia que puede ser potencialmente peligroso para las sociedades. En particular, Hayek era muy escéptico de la efectividad del asesoramiento en cualquier área de política económica de una persona que ha recibido la magna distinción de la Academia sueca; y sin embargo al galardonado se le reconoce como a una especie de semidiós que nunca puede equivocarse. De hecho, Hayek fue más lejos al sugerir que el Premio debería ir acompañado de un «contrato de humildad», por el cual el galardonado se comprometería a no dar consejos sobre temas de los que su nivel de conocimiento no es especialmente alto. La recomendación de Hayek nunca se puso en práctica, ni para el Nobel ni para otros galardones; por tanto, tras describir algunas de mis aportaciones, ofreceré algunas reflexiones sobre la racionalidad e irracionalidad en temas de interés más o menos general, basando mis opiniones en sugerencias derivadas de mi campo de trabajo.

Profesionalmente me defino como un teórico de la Economía. La Teoría Económica propone modelos abstractos, típicamente construcciones matemáticas, con el propósito de iluminar algún problema relevante de la realidad económica. Estos problemas pueden afectar a un consumidor en particular, o a muchos de ellos al mismo tiempo, a una empresa en particular, o a muchas de ellas al mismo tiempo, a un país en

particular, o a muchos de ellos al mismo tiempo, etc. Dentro de la Teoría Económica, me defino como microeconomista, porque empiezo el análisis por la resolución de los problemas de los entes individuales (esto es, un consumidor, una empresa, un país) antes de emprender la tarea de agregar las conclusiones al colectivo de que se trate. Y en última instancia, el fin de la Teoría Económica, de la Economía en general y de las Ciencias Sociales aún más en general, es el mejorar las sociedades mediante el mejor entendimiento y evaluación de los mecanismos de los mercados y sus regulaciones, de las organizaciones sociales, de los esquemas de incentivos y de las distintas políticas.

En mi trayectoria como investigador he tenido la gran fortuna de colaborar con estupendos colegas, de quienes he aprendido y sigo aprendiendo muchísimas cosas. Algunas de las preguntas, a las que trabajé míos en colaboración con distintos coautores han dado respuesta, incluyen las siguientes: ¿Cómo se puede medir el riesgo de un activo financiero, o más generalmente de una variable aleatoria, de manera cuantitativa? ¿Cómo se puede cuantificar el impacto que una noticia tiene sobre la información de un individuo y cómo se le puede poner precio? ¿Qué propiedades de revelación informativa y de bienestar social tienen distintos mecanismos de transmisión de información? ¿Se puede medir el poder de cada partido político en el juego de coaliciones que tiene lugar en el Parlamento? ¿Cuáles son los resultados previsibles de distintos mecanismos de negociación multilateral y cómo se relacionan con las predicciones clásicas del mercado competitivo? ¿Se pueden cuantificar y clasificar las desviaciones de la racionalidad perfecta exhibidas por el comportamiento en el mercado de un consumidor? ¿Cómo se deben diseñar instituciones económicas cuando los individuos en la sociedad no siguen las predicciones del equilibrio o no se comportan de modo perfectamente racional? Profundicemos un poco en algunas de estas preguntas.

Ayer mismo daba un seminario en la Facultad de Económicas. El tema del seminario fue bajo qué condiciones se pueden implementar objetivos a nivel social si los individuos no se comportan de acuerdo con el supuesto clásico del equilibrio de Nash. En su lugar,

el supuesto de comportamiento que se asumía es que los agentes usan estrategias racionalizables. La lógica del equilibrio, de gran prevalencia en Economía y en Teoría de Juegos, se basa en dos supuestos centrales: la sabiduría compartida de la racionalidad (todos los agentes son racionales, saben que todos lo son, saben que todos saben que todos lo son, etc., hasta su infinita iteración) y el famoso supuesto de expectativas racionales, que quiere decir que todo el mundo coincide en sus expectativas y que son las correctas. El concepto de estrategias racionalizables insiste en el primero de estos dos supuestos, pero relaja el segundo, permitiendo que los agentes difieran arbitrariamente en sus expectativas, siempre que sean consistentes con el conjunto de soluciones que son racionalizables. Los resultados que obtenemos demuestran que el supuesto de expectativas racionales impone límites no triviales, en el sentido de que nuevos objetivos sociales son alcanzables si no se insiste en asumirlo.

Uno puede ir más lejos y también relajar el supuesto de la racionalidad. De hecho, tal supuesto ha venido siendo el pilar central de análisis en la Teoría Económica; pero en décadas recientes, tras recibir evidencia empírica y experimental documentando que los individuos a menudo se apartan de la estricta racionalidad y, en contacto con otras disciplinas, tales como la Psicología, la Sociología, la Politología, los economistas han comenzado a adoptar supuestos de comportamiento más flexibles que no insisten en la racionalidad. Estos modelos se conocen como modelos de racionalidad limitada. En este contexto, una vez más, uno podría preguntar qué tipo de instituciones deberían diseñarse en presencia de tales comportamientos. Y es obvio que tal pregunta tiene una importancia fundamental, sólo notando, por ejemplo, la tremenda manipulación de información y el pobre entendimiento de las situaciones que muchos votantes demuestran en recientes elecciones y referéndum.

La información es una herramienta poderosísima. No es sorprendente que en sistemas democráticos se denomine a los medios de comunicación el cuarto poder. Tales medios juegan un papel crucial en la garantía de las libertades, mediante sus esfuerzos en aras de la transparencia del sistema. El problema es que, hoy en día, con la Internet y las

redes sociales, la transmisión de información se ha corrompido de manera importante. Un refrán español, como muchos de ellos, no políticamente correcto, pero claro en su mensaje, rezaba: «No hay nada más peligroso que un tonto con una tiza». En los tiempos anteriores a Internet, el tonto escribía con tiza sus barbaridades en una pared de su barrio y los vecinos de ese barrio aprendían a ignorar tales mensajes. Hoy día, en lugar de la pared del barrio, la difusión de cualquier mensaje es inmediata y universal. Y además cualquier persona puede ser el tonto de turno, contribuyendo a una cantidad ingente de información, mucha de ella falsa, que confunde a las sociedades. Más aún, diferentes políticos e ideologías que han entendido este juego y han aprendido a manipular estratégicamente la información en la dirección que a ellos les conviene. Este problema, como estamos viendo en muchos países, tiene un potencial peligroso al desestabilizar los principios básicos de cualquier sociedad democrática, porque la gente empieza a desconfiar del sistema de representación basado en el voto.

En su excelente libro *Si esto es un hombre*, el escritor judío de nacionalidad italiana Primo Levi describe sus experiencias como prisionero en el campo de exterminio de Auschwitz. Levi fue uno de los pocos supervivientes de esta barbarie. En este libro se pregunta cómo fue posible que este horror estuviera sucediendo al mismo tiempo que la vida diaria en Alemania seguía su curso. Por supuesto, una respuesta a la pregunta de Levi se basa en el control y la manipulación de la información que todo régimen dictatorial impone, además de los métodos represivos a toda expresión de crítica al régimen. En palabras de Levi, «En la Alemania de Hitler, quien sabía, no hablaba; quien no sabía, no preguntaba, y quien preguntaba, no obtenía respuesta». La comparación con la vasta desinformación existente en la actualidad, causada por el mal uso de las nuevas tecnologías digitales es clara: Hoy día «quien sabe, intenta hablar, pero su opinión se pierde en un océano de ruido; quien no sabe, habla tanto o más que el que sabe y, además, habla más alto; quien pregunta, obtiene respuestas contradictorias y no es capaz de discernir las verdaderas de las falsas».

El fallo de mercado en la transmisión de información en Internet y en las redes sociales es obvio y muy dañino para las sociedades actuales. Se me ocurren dos tipos de políticas que pueden ayudar a mejorar la grave situación existente. Todo flujo de información tiene un emisor y un receptor, y las políticas que sugeriré atacan cada uno de estos dos ámbitos.

Atacando por el lado del emisor de la información, estoy convencido de que una aplicación fructífera del diseño de mecanismos se debe dirigir a los esfuerzos reguladores de estas industrias. Monopolios como *Facebook* han crecido sin control, controles de calidad y prácticas de protección al consumidor se han dejado a un lado y la falta completa de chequeos de calidad ha facilitado la explosión de noticias falsas, que distorsionan la realidad y alienan a poblaciones enteras.

Por el lado del receptor, la dimensión fundamental es insistir en la educación. La educación es uno de los factores de producción básicos en la economía de un país y su papel es cada vez más importante. Permítanme abrir un breve paréntesis en mi argumento. Una de las tragedias de la guerra civil española y de las precariedades de la posguerra y políticas de la dictadura franquista fue la práctica total destrucción del sistema educativo del país. De hecho, una generación entera de españoles se vio privada de recibir un nivel de educación digno. Mis padres fueron buen ejemplo de esta generación. Como Emilio Cerdá ha recordado en sus palabras, hace algunos años la Facultad de Económicas de la Universidad Complutense tuvo el gran detalle de reconocer los esfuerzos que mi padre realizó ayudando a su hijo a transcribir sus notas al Braille. Los medios de comunicación se ocuparon ampliamente de ello, así que en esta ocasión déjenme poner el foco en mi madre. Como muchas mujeres españolas de su generación, mi madre no pudo ni siquiera terminar sus estudios primarios porque no había escuelas ni maestros y porque las necesidades en casa eran demasiado urgentes. A pesar de ello, y siempre me emociona el pensarlo, una buena prueba de la gran inteligencia de mi madre fue el entender la importancia fundamental que la educación debería jugar en la vida de sus tres hijos. Y así fue. Una parte significativa de los

modestos ingresos de nuestra familia de clase media fue dedicada a pagar los colegios de mis hermanas y el mío. Ella solía decir que ese dinero estaba mucho mejor empleado que el salir a comer fuera, lo cual, por cierto, no nos importaba en casa, porque entre sus muchas virtudes estaba la de ser una cocinera de primera. Pero el resultado fue que mis hermanas y yo recibimos la mejor educación que ella creía que podía darnos, y que de ello nos beneficiamos enormemente. Espero y confío que mi mujer y yo hayamos sido capaces de transmitir este importante valor a nuestras hijas. Y volviendo al tema que nos ocupa, el papel de la educación es crucial para elevar el nivel del discurso público. Como educador, siempre me esfuerzo en transmitir a mis estudiantes el someter todo argumento recibido a un análisis crítico cuidadoso. Si las poblaciones mejoraran tales niveles de capacidad crítica, políticos populistas encontrarían muchas más dificultades a la hora de conseguir adeptos.

Otra de las consecuencias negativas que han traído la anonimidad e impunidad en las redes sociales es el aumento del odio y el desprecio al otro, al que no piensa como uno. Políticos expertos en fracturar sociedades, en lugar de aunarlas alrededor de un proyecto común, desafortunadamente abundan en los tiempos que corren. Muchos de ellos, al menos por ahora, están muy lejos de la Política con mayúscula, esto es, del intercambio fructífero de puntos de vista y de propuestas con vistas al bienestar de toda la sociedad. Podríamos dar muchos ejemplos de esto, pero ya que estamos en España hablemos brevemente de un problema candente actual que es la cuestión catalana. La tensión y la falta de entendimiento entre el nacionalismo español y los nacionalismos periféricos, como el catalán, no son nuevas. Pensadores y estadistas de hace casi cien años ya lo ponían de manifiesto. Miguel de Unamuno, con su dolor de España, ya hablaba del mal trato que la prensa madrileña daba a los catalanes, por el cual probablemente España merecía perder Cataluña (igual que perdió Cuba por similares motivos). Manuel Azaña hablaba del problema como uno de imposible solución. José Ortega y Gasset sugería la desilusionante «conllevancia» como la única fórmula para abordar el problema. El gran escritor catalán Josep Pla, fantástico cronista

parlamentario de la Segunda República, aprecia la importancia de la cuestión catalana en España y habla de la aprensión mutua. Pla escribe: «Los castellanos deberían dejar de acusar a los catalanes de fomentar la anarquía, recordándonos nuestra historia en décadas recientes, y los catalanes deberían evitar fomentar la idea del separatismo, que enerva al resto de España». Pla clama contra la anarquía y el separatismo porque son pasiones que dificultan el entendimiento de la otra parte, y demanda la necesidad de negociar y contemporizar, evitando la exacerbación de tales pasiones inútiles.

La situación actual, contaminada por la desinformación en los datos, la radicalización de los argumentos y la inoperancia e incompetencia de los políticos, no es distinta y, desde luego, es preocupante. Hablo de la inoperancia e incompetencia de algunos políticos cuando, basándose en un pobre diagnóstico de la realidad, algunos de ellos niegan que una fractura social que divide a la sociedad en dos sea un problema político, o cuando otros siguen insistiendo en proyectos quiméricos que quieren imponer a todos, pero que hasta ahora no han convencido ni siquiera a la mitad de la sociedad catalana (tristemente, hasta se ha llegado a expulsar a la oposición del Parlamento; así no se construyen proyectos duraderos para ninguna sociedad), o cuando oigo propuestas de referéndum que ocasionan una tremenda división social. Un referéndum no se debería convocar más que como un sello de confirmación de un acuerdo social prácticamente unánime. Para llegar a ello, es obligación de los políticos allanar el camino y encontrar las propuestas que sean capaces de articular un gran consenso social. Tal arduo trabajo fue realizado por los padres de la transición española, que eliminaron los muchos obstáculos existentes tras la muerte del dictador — entre ellos, el restablecimiento del diálogo entre las dos Españas y entre las ideas centralistas y los nacionalismos periféricos. Estos esfuerzos construyeron un marco constitucional, que fue aprobado casi unánimemente por el pueblo español y que ha llevado a las mejores cuatro décadas de la historia de España. Pues bien, humildemente, creo que esta labor debería ser posible también hoy, y como teórico de la Economía, empezaría por reconocer en la diversidad de culturas y talentos una ventaja, no un problema. El

encajar y disfrutar de tal diversidad es el mejor regalo que los catalanes pueden recibir del resto de España y que el resto de los españoles deben recibir de Cataluña. Tengo grandes amigos en círculos profesionales en los dos lados del debate catalán, y encuentro chocante que, incluso entre nosotros, los académicos, los argumentos racionales se han aparcado a un lado y en su lugar se han reemplazado por emociones y sueños que probablemente no nos dejan analizar la cuestión con la frialdad necesaria. Esto es un sinsentido. Por tanto, abogaría por el objetivo de una mayor cohesión social como una de las metas de las discusiones entre académicos, que espero abran puertas a más cohesión social en círculos más amplios. Como ya he expresado, esa debe ser una de las metas de los modelos que los científicos sociales debemos proponer.

Citemos a Levi de nuevo. Cuando Levi iba por Europa presentando su libro, recibía muchas preguntas de lectores extrañados porque en el libro no se describe a los torturadores alemanes con ningún atisbo de odio ni rencor. La respuesta que Levi da a tales preguntas es clara: «El odio es un sentimiento animal y torpe. Quiero que mis pensamientos y mis acciones, en lo posible, obedezcan a la razón». Estoy muy de acuerdo: creo que el odio, el rencor, el cabreo no son buenos consejeros para la toma de decisiones, ni para las personas en sus problemas individuales ni para las sociedades en su conjunto en la resolución de los problemas políticos que perturban la convivencia. Hoy es el Día de Acción de Gracias en Estados Unidos, mi país de adopción, y es una buena ocasión para recordar todas las cosas que nos unen como sociedad, que son muchas más que las que nos dividen.

Y, hablando de dar gracias, cierro con una ronda final de agradecimientos. Doy gracias a mis profesores, mis colegas, mis coautores y mis estudiantes por formar parte de la comunidad académica a la cual todos nos debemos mostrar orgullosos de pertenecer. Le agradezco a mi familia su apoyo y amor, a mis hijas Sofía y Lolo por ser tan buenas hijas, y a mi mujer Amy por todo lo que me ha dado. Un compañero del doctorado, que era inusual entre nosotros porque estaba casado y ya era padre, incluyó la siguiente dedicatoria en su tesis doctoral: «Esta tesis está dedicada a mi mujer — no sé cómo

podría haberla escrito sin ti; y también está dedicada a mi bebé — no sé cómo he podido escribirla contigo». Usaré la primera parte para decirle a Amy que no sé cómo habría llegado hasta aquí sin ti.

Excmo. Sr. Rector, Excma. Sra. Decana, es un gran honor y satisfacción el aceptar la distinción que me habéis conferido hoy y me congratulo de ser nuevo miembro de vuestro distinguido claustro académico.

Muchas gracias.